

escaparás." Con efecto, muerto Alejandro, y reuvidos los obispos de Egipto para la eleccion de un patriarca, todo el pueblo católico pidió á San Atanasio por aclamacion, y fué electo por el voto unánime de los obispos, y al fin ordenado despues de una larga resistencia por su parte en 27 de Diciembre de 326. Era jóven aún, y ocupó la silla de Alejandría cuarenta y seis años. No sabemos cuándo nació ni casi nada de su familia. Sus felices disposiciones le habian hecho notable desde sus tiernos años á Sau Alejandro, que cuidó de su educacion, y en adelante le empleó como secretario suyo: luego le ascendió al diaconado, y no tardó en encargarle las funciones de arcediano. Acompañó Atanasio al santo patriarca al concilio de Nicea, donde se distinguió por su celo y persuasiva elocuencia, por la solidez de su juicio, por su penetracion y por la extension de sus conocimientos. Aunque apenas tenia entonces treinta años, tomó un partido muy grande en todos los actos de aquella augusta asamblea, y como habia acreditado ya anteriormente tanta habilidad y tanto celo en combatir las impiedades de Arrio, fué considerado desde luego como uno de los mas firmes apoyos de la doctrina católica. No debe, pues, extrañarse el increíble encarnizamiento con que le persiguieron sin descanso los arrianos hasta la muerte.

Entre la multitud de santos obispos que asistieron al concilio de Nicea, y que resplandecian en su mayor parte, segun hemos dicho, por su talento ó sus virtudes, hay algunos que presentan en su vida particulares circunstancias que no debemos omitir. Ya hemos nombrado al célebre confesor Pafnucio, obispo en la Tebaida, á quien reventaron el ojo derecho y desjarretaron del lado izquierdo en la persecucion de Maximino. Habia sido discípulo de San Antonio en el monasterio de Pisper, y obrado varias curas milagrosas: su eminente mérito le elevó á la silla episcopal. Durante el concilio, Constantino conversaba muchos ratos con él y besaba respetuosamente la cicatriz que le quedó del martirio. Potamon, obispo de Heraclea sobre el Nilo, habia perdido tambien un ojo por la fé: á Pablo, obispo de Neocesarea sobre el Eufrates, le habian quemado las dos manos con un hierro hecho áscua, durante la persecucion de Licinio (1).

Espiridion, obispo de Tremitusta en la isla de Chipre, era admirable por la sencillez de sus costumbres, al mismo tiempo que por sus milagros y por su respeto á las tradiciones eclesiásticas. Reducido á proporcionarse con el ejercicio pastoril lo necesario para su manutencion y el socorro de los pobres, vió en una ocasion que habiéndose introducido unos ladrones en el aprisco, quedaron atados con ligaduras invisibles. Con su palabra los libertó y les regaló un carnero, contentándose con decirles con el mayor agrado;

para que conociesen su pecado: "Mejor fuera que le hubiéseis pedido." En una junta de los obispos de Chipre, uno de ellos, muy distinguido por su elocuencia y versadísimo en las bellas letras, tuvo encargo de predicar, y citó aquel pasaje del Evangelio en que Jesucristo dice al paralítico: "Coje tu camilla, y anda." Mas en lugar de usar las palabras de la Escritura, substituyó otra que le pareció mas noble. Espiridion lo llevó á mal, y levantándose á presencia de todos, dijo al predicador: "¿Eres acaso superior al que ha dicho camilla; para que te avergüences de usar sus palabras?" Tambien se refiere de este obispo un rasgo singular de hospitalidad. En tiempo de cuaresma, en que acostumbraba pasar algunos dias seguidos sin tomar alimento, hospedó á un viajero exánime del cansancio. No tenia el santo obispo pan, ni harina, ni otra cosa que darle, mas que carne salada (dispuesta así para su conservacion) y se resolvió á prepararla para su huésped; mas como éste, á pesar de su excesiva necesidad, repugnaba al comerla, San Espiridion se sentó á la mesa y empezó á comer el primero para animarle á que le imitase, juzgando con razon, que hay casos en que las leyes de pura disciplina reclaman ó toleran ciertas dispensas, legitimadas por las leyes mas imperiosas de la caridad.

Santiago, obispo de Nisibe en la Mesopotamia, se habia hecho aun mas célebre por la fama de sus milagros y santidad. Mucho tiempo habia llevado la vida solitaria en una montañita desierta, permaneciendo en un bosque expuesto á las inclemencias del cielo durante tres estaciones del año: solamente en el rigoroso invierno se retiraba á una caverna; pero no usaba jamas lumbre. Alimentábase de frutas y yerbas silvestres, y su vestido se reducía á una túnica y á una capa de un tejido ordinario de pelo de cabra. Obligado á aceptar el obispado, no moderó en nada sus austeridades, y supo hermanar con la vida contemplativa la vigilancia pastoral, la instruccion de los fieles, la correccion de los pecadores, el cuidado de los pobres y todas las tareas de su ministerio. Extendió asimismo su sollicitud á las nuevas Iglesias que se estaban fundando en el reino de los persas; y con los milagros que obró en un viaje de visita, se afirmó la fé de los cristianos, y se lograron muchas conversiones. Un día fueron unos vagamundos á pedirle para enterrar á un compañero que estaba tendido como muerto en el camino por donde pasaba el obispo. Este les dió limosna, y se puso en oracion para rogar á Dios perdonase los pecados de aquel infeliz, que á poco murió. Cuando sus cómplices se acercaron á él, de allí á un momento, para que se levantase, concieron aterrados que estaba verdaderamente muerto. Corrieron, pues, á toda prisa á buscar al santo, se echaron á sus piés, confesaron la superchería, y manifestaron el mas vivo arrepentimiento. Compadeciéndose el obispo, y resucitó con sus oraciones al que las mismas habian hecho morir para escarmiento de aquellos impostores. Tambien se atri-

(1) Theodor. lib. I.—Ruf. lib. I.

buyó á las oraciones de Santiago la repentina muerte de Arrio, á quien veremos muy pronto castigado por la divina justicia en medio del triunfo que sus partidarios le habian preparado. Pero lo que mas contribuyó á la celebridad del nombre y del culto de este santo, fué la milagrosa libertad de Nisibe, sitiada por Sapor, rey de los persas, en el año 250. Desde aquel momento fué considerado por los cristianos como una salvaguardia segura de esta ciudad, donde le mandó enterrar el emperador Constancio, segun la orden de Constantino, á fin de que sus reliquias sirviesen para protegerla contra los bárbaros (1). Santiago dejó escritas muchas obras en siríaco, y la mayor parte de moral. Combatió tambien los vanos sistemas de los hereges y las conjeturas temerarias de algunos cristianos sobre el fin del mundo y el advenimiento del Anticristo (2).

Leoncio, obispo de Cesarea en Capadocia, se habia señalado por su valor, durante las persecuciones, y por su celo en la propagacion de la fé y en la conservacion de la disciplina. Asistió á los concilios de Ancira, y de Neocesarea, cuyos principales reglamentos hemos referido. Habia instruido y animado á muchos mártires, y cuando iba al concilio de Nicea, enseñó la doctrina y misterios de la fé á Gregorio, que luego fué obispo de Nazianzo, y padre del famoso orador de este nombre. Pertenencia Gregorio á la secta de los hipisitarios, llamados así porque hacian profesion de adorar al Altísimo, al propio tiempo que daban culto al fuego y á la luz, juntando á éstas otras observancias judaicas. Su muger, que era cristiana y de maravillosa virtud, contribuyó mucho á su conversion. Algunos años despues de su bautismo fué nombrado obispo de Nazianzo, cuya silla ocupó cuarenta y cinco, aunque tuviese entonces cerca de cincuenta.

Despues de trabajar en restablecer la paz y union de la Iglesia, con la convocacion del concilio de Nicea, tomó sucesivamente Constantino otras muchas medidas para reprimir las heregias y contribuir á los progresos del cristianismo. Por la ley del año 326 declaró que las inmunidades de que gozaban los eclesiásticos, no debian extenderse á los hereges ni cismáticos; pero temiendo que estas inmunidades diesen ocasion á varios abusos, habia mandado, poco tiempo antes, que no se eligiesen mas clérigos que los necesarios para ocupar las vacantes, y que se escogieran con preferencia entre los pobres, á fin de que los ricos no eligiesen la carrera eclesiástica, con la esperanza de libertarse de las cargas municipales que les estaban impuestas. Ya hemos dicho que por otra ley del año 331 prohibió á todos los hereges tener reuniones religiosas, ni en edificios públicos, ni aun en las casas particulares. Igualmen-

(1) Esta era una derogacion de la costumbre establecida entonces en el imperio, de sepultar fuera de las ciudades.

(2) Theod. lib. I.—Philostr. lib. III.—Gennad. n. I.—Véase á Assemani. *Bibliothec. orient.* t. I.

te mandó se buscasen sus libros para destruirlos, y con esta diligencia se averiguó que algunos se dedicaban á la magia. Estas leyes determinaron á muchos sectarios á volver al seno de la Iglesia católica, sea de buena fé, ó por hipocresía; y como los que permanecieron obstinados no tenian ya la misma libertad para propagar sus errores, no tardaron mucho en extinguirse la mayor parte de las sectas antiguas (1).

Del mismo modo se aplicó Constantino á arruinar la idolatría por todos los medios que estaban á su alcance; sin prohibir por eso el ejercicio público del culto pagano, para no dar lugar á turbulencias y sediciones. Hizo derribar muchos templos consagrados á vergonzosas disoluciones, ó que servian para mantener la supersticion con fingidos oráculos, cuyo culpable secreto descubrió poniendo de manifiesto los ardidés empleados para engañar la credulidad de los pueblos. Así, se hallaron en el templo de Apolo, en Cilicia, osamentas y cabezas de muertos que habian servido para operaciones mágicas, é ídolos huecos por dentro para ocultar á los sacerdotes que hablaban en nombre del dios. Sacó de los santuarios los ídolos mas respetados de piedra ó de madera, que se creía habian bajado del cielo, y los mandó exponer en las plazas públicas con las estátuas de bronce y otros objetos de la supersticion, para que los examinasen los curiosos profanos y despues los despreciasen, como era consiguiente. En cuanto á las estátuas de oro y plata, hizo recogerlas para acuñar moneda con ellas. Confió la ejecucion de estas medidas á ciertos cristianos de su palacio, que iban secretamente á las provincias, y sin emplear la violencia, triunfaban con facilidad de la resistencia de los sacrificadores, los cuales, abandonados por su mayor parte de la multitud, no se atrevian á oponerse á las intenciones del emperador.

Constantino, con el despojo de los templos paganos, edificó muchas iglesias, que dotó magníficamente, y distribuyó á los pobres abundantes limosnas, fuera de las dádivas que hizo á algunos oficiales suyos, en recompensa de sus servicios. Santa Helena, madre del emperador, le auxiliaba con un celo admirable en sus obras de caridad y en todas sus piadosas empresas. Aunque anciana de ochenta años, emprendió el viage á Jerusalem para descubrir el santo sepulcro, y echar los cimientos de una iglesia que el emperador su hijo habia dispuesto construir con el título de la *Resurreccion*. Nada omitieron los paganos para profanar el sepulcro del Salvador y borrar hasta el menor vestigio de un monumento tan grato á la memoria de los fieles. Habian cegado la gruta, cubriéndola de una cantidad enorme de escombros y de tierra acarreada, y despues habian erigido un templo á Júpiter, y colocado un ídolo de Venus en

(1) Euseb. *Vit. Constant.* lib. III, cap. LXIV.—Sozom. libro II, capítulo XXXII.

el mismo sitio, para desviar de allí las adoraciones de los cristianos. Principió Santa Helena su obra, haciendo derribar el templo y levantar la gruesa capa de tierra sobrepueta, hasta que se descubriese la gruta del santo sepulcro, cerca del cual se hallaron tres cruces enterradas á grande profundidad. No pudiendo fácilmente distinguirse cuál de las tres era la del Salvador, porque la inscripción estaba desprendida de ella, San Macario, obispo de Jerusalem, las hizo trasladar á la casa de una señora de noble condiccion, que se hallaba en el último trance á resultas de una enfermedad rebelde y tenida por incurable. Se le aplicó cada una de las cruces, haciendo, entre tanto, oracion: al contacto de las dos primeras no conoció la enferma alivio alguno; pero apenas la tocó la tercera, cuando quedó completamente curada. Cuentan varios autores que esta prueba se repitió con un cadáver, que recobró la vida con las mismas circunstancias. Santa Helena envió una parte de esta cruz á Constantino, y lo demás quedó en Jerusalem, encerrado en una magnífica urna de plata. El santo madero se exponía á la adoracion de los fieles una vez al año, el viernes santo; pero fuera de este día no se manifestaba mas que en algun caso raro, cuando el obispo juzgaba conveniente otorgar este favor á personas piadosas que habian hecho expresamente la peregrinacion (1).

Despues del descubrimiento del santo sepulcro y de la verdadera cruz, hizo Santa Helena principiar la construccion de la iglesia, bajo un plan que correspondiese á las intenciones de Constantino, porque éste habia encomendado á Macario que nada economizase para que aquella igualara, y aun excediera en belleza y magnificencia, á todos los edificios de las demas ciudades. Por una gran puerta que caía á la espaciosa plaza del mercado, se entraba á un vestibulo, y desde él al primer patio, rodeado de casas, con una galería interior por ambos lados: luego se pasaba á otro patio enlosado de mármol y con espaciosas galerías al rededor, excepto por la parte de Levante, donde estaba la iglesia. El cuerpo de ésta era de una extension y altura prodigiosas: las paredes estaban construidas, por el exterior, de piedras pulimentadas y unidas con arte maravilloso, y la parte interior embutida de mármoles de diferentes colores: el techo, cubierto de plomo por fuera, estaba revestido interiormente de un arteson de escultura, todo dorado y de un brillo deslumbrador. A cada lado del templo habia dos galerías, inferior y superior, corridas en toda la longitud del edificio, y cuyas bóvedas relucientes de puro oro estaban sostenidas por columnas ó pilastras ricamente adornadas. Se entraba á la iglesia por tres puertas que miraban al Oriente, y al testero se veía el santuario en forma de semicirculo, y rodeado de doce columnas, en honor de los

(1) Euseb. *Vit. Constant.* lib. III.—Theodor. lib. I, cap. XVIII.—Sozom. lib. II, cap. I.—Ruf. lib. I.—Ciril. Hieros. *Epist. ad Constantium.*

doce apóstoles, con capiteles adornados de grandes copas de plata. En el centro de este semicirculo se hallaba el altar. La gruta del santo sepulcro, contigua á la iglesia, estaba revestida exteriormente de magnificas columnas y adornos riquísimos. En los edificios que rodeaban el patio principal, se hallaba el bautisterio, y habia salas destinadas á diferentes usos. Muchos años se gastaron en construir esta iglesia, que cuidó Constantino de proveer de cantidad innumerable de vasos de oro y plata, algunos enriquecidos de pedrería. Aquel soberbio edificio ha sido arruinado y reedificado varias veces; pero sin recobrar su primitiva magnificencia. En el año 614 le quemaron los persas; en 1009 le derribaron los musulmanes, y se levantó de nuevo unos treinta años despues.

Al rededor de la iglesia fundada por Constantino, se levantaron á poco otros edificios, que en cierto modo componian una nueva ciudad al lado de la antigua y fuera del primitivo recinto. Entonces tomó otra vez el nombre de Jerusalem, y perdió el de Elia que le impusiera el emperador Adriano doscientos años antes. Desde esta época no cesó de ser frecuentada por piadosos cristianos, que de todas las partes del mundo iban en peregrinacion á los santos lugares. Aun tenemos el itinerario ó viage de un autor desconocido que pasó allá desde Burdeos en el año 333, y describió los lugares que habia visitado, acompañando á su relacion las tradiciones populares que pudo recoger sobre las circunstancias de algunos hechos referidos en las Santas Escrituras. Perpetuáronse estas peregrinaciones aun despues que cayeron los santos lugares en poder de los musulmanes, y habiendo obtenido Carlo Magno del califa Aaron Raschid, las llaves del santo sepulcro, con la facultad de disponer de él segun su voluntad, encomendó la guarda de la iglesia á sacerdotes latinos, é hizo construir un hospicio para recibir á los peregrinos (1). Pero despues de muerto Aaron, no subsistieron las cosas en este estado, y el yugo de los musulmanes oprimió de nuevo á los cristianos que habitaban los santos lugares, ó que emprendian esta peregrinacion (2).

(1) Eginard. *Vit. Car. magn.* cap. XVI.

(2) Entonces probablemente, para consolar la piedad de los fieles, quiso Dios glorificar el sepulcro del Salvador con la repeticion anual de un milagro, cuyo principio no es muy conocido; pero que atestiguan una multitud de escritores de la edad media. En cada año, el día del sábado santo, antes de principiar la misa, las siete lámparas que estaban apagadas segun costumbre, se encendian repentinamente con fuego bajado del cielo. Fueron testigos de este prodigio los cruzados, cuando se apoderaron de Jerusalem, en el año 1099, al mando de Godofredo de Bouillon, y no cesó de reproducirse durante algunos siglos y con toda regularidad, aunque los musulmanes, que le atribuan á los artificios de los cristianos, tomasen varias veces todas las precauciones imaginables para hacer este fraude absolutamente imposible. Pueden consultarse sobre este asunto, la *Descripcion de la tierra santa*, por Quaresmio, y la obra de Gretzer, *De horto sancta crucis.*